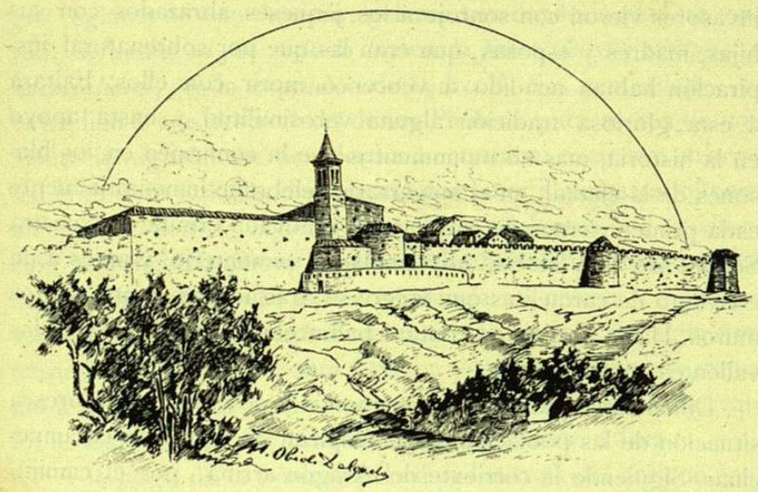
merosos torreones redondos, semicirculares, cuadrados, triangulares y polígonos; sus bajos portales respiran antigüedad, así como evidentemente son nacidas de ayer las almenas que coronan su circuito, y los árboles que lo convierten en paseo. Rara es la casa que por cima de aquellas sobresale; y á no ser por la torre cuadrada y piramidal del monasterio de religiosas de Santa Cruz, desde alguna de las pintorescas hondonadas de los alrededores parecieran las murallas una cerca de castillo más bien que de ciudad. Distínguese entre los torreones uno polígono titulado torre *de la moneda*, donde se batían según tradición los célebres sueldos jaqueses, únicos que desde el siglo x corrían generalmente en el reino, y que los monarcas aragoneses juraban mantener en su cuño y ley sin alteración, anulando los contratos que en otra moneda se hiciesen (1).

Al nivel de la ciudad y pegado casi á sus muros se asienta un castillo construído en el reinado de Felipe III contra las invasiones de los franceses. Ocupaban entonces el solar de su gran patio pentágono, rodeado de un pórtico y de una galería superior, la iglesia de Nuestra Señora de Burnao, cuyo campanario aún sobrevive entre la moderna construcción, y el palacio de los canónigos reglares de Santa Cristina que desde los Pirineos habían trasladado allí en 1558 su última residencia. Al extremo de aquella yerma explanada, una reciente cruz plantada sobre un enorme capitel bizantino, resto de no sé qué edificio, indica el último confín del antiguo arrabal de Burnao ó Burgo nuevo, incendiado en 1141 por García rey de Navarra, y arrasado completamente á últimos del siglo XVI para abrir lugar á los fosos y baluartes. Desde allí se ve desembocar en el valle, por un estrecho desfiladero que conduce á Francia, al bullicioso Aragón entre amenas huertas y denegridas rocas, deslizarse por debajo

(1) El sueldo se componía de doce dineros; su cuño más general era el busto del rey en el anverso, y en el reverso la cruz sobre el árbol con el lema de *Jaca* ó *Aragón*. La moneda de cobre solía tener una cuarta parte de liga de plata.

del puente con que luégo tropieza, derramar vida y animación en torno suyo, y más adelante atravesar con imponente rumor el gigantesco arco de otro puente, junto al cual una cruz bizantina conserva en su pié las toscas efigies de los apóstoles y las de Cristo y de su madre á cada lado. Á corto trecho de allí el



JACA.—ANTIGUAS MURALLAS

río patriarcal recibe en su seno al Gas, menos envanecido por el aumento de su corriente, que por la victoria que le recuerda una ermita consagrada á la Virgen con este título, y que eterniza no sin poético colorido la tradición.

Acababa el conde Aznar de libertar á Jaca, cuando por la garganta occidental del valle, llamada la canal de Berdún, asomaron dos innumerables ejércitos de agarenos decididos á recobrar su presa; los esforzados libertadores, sin contar que eran uno por cada doscientos enemigos, salieron á recibirlos en el confluente de ambos ríos á media legua de la ciudad, y peleaban como leones con más brío que esperanza. De pronto blanqueó por la orilla del barranco viniendo de Jaca un crecido escuadrón

puesto en orden de batalla, y la certidumbre de que un refuerzo de francos había pasado los Pirineos para salvar á los cristianos, alentó tanto á éstos como abatió el ánimo de los moros. Temieron ser envueltos y quisieron pasar los ríos, que embravecidos portentosamente, sepultaron la mitad de los fugitivos y se tiñeron en su sangre; y tal vez en su fuga ó en su agonía los invasores vieron con sonrojo á los jaqueses abrazados con sus hijas, madres y esposas, que eran las que por sobrenatural inspiración habían acudido á vencer ó morir con ellos. Faltará á esta gloriosa tradición alguna verosimilitud y hasta apoyo en la historia, mas no monumentos que la confirmen en los blasones de la ciudad, en el aniversario celebrado inmemorialmente cada primer viernes de mayo, en la renovada ermita de Nuestra Señora de la Victoria, hoy unida al cementerio, y antes á un convento de carmelitas que luégo se trasladaron dentro de los muros. Hasta el niño os contará balbuceando la historia de las valientes amazonas.

Difícil sería enumerar las memorias y describir la pintoresca situación de las poblaciones que salpican las montañas circunvecinas. Siguiendo la corriente del Aragón arriba, por el camino de Francia, está situada Vergosa en áspera ladera; el lábaro atestigua la antigüedad de su parroquia. Más allá, atravesando el río por un puente de madera, un hondo y cortado barranco divide al pueblo de Castiello, abundante en aguas y medio oculto por el verdor de sus copudos nogales; y en la misma frontera guarda la embocadura de un estrecho la comercial villa de Campfranc, más conocida en la Edad media con el nombre de Aspa, y sujeta á la omnímoda jurisdicción de Jaca desde que á principios del siglo XVI se rebeló á favor de Juan de Labrit rey de Navarra.

Un tiempo pertenecían aquellos pueblos al hospital de Santa Cristina *de summo portu*, edificado en lo más alto del Pirineo para albergue de peregrinos y viajeros extraviados; prodigio de caridad hoy imitado por los monjes en la cima de los Alpes, é inspirado, dicen, á dos caballeros en época remota é ignorada

por una paloma que con una cruz de oro en el pico les indicó el sitio de la fundación. En el siglo XI contaba ya el hospital con privilegios y bienes cuantiosos, y el rey Sancho mandó que los que pretendiesen disputárselos probaran su derecho con el juicio del hierro candente. Bajo este reinado probablemente se trocó el hospital en monasterio y fueron en él introducidos los canónigos reglares de San Agustín, quienes heredando la piadosa misión, *difundieron por toda la tierra la fama de sus virtudes y hospitalidad*, según expresión de Pedro II. Sus propiedades se extendían á uno y otro lado de los Pirineos para sostén de una institución igualmente beneficiosa á entrambas naciones; un arrabal entero de Calatayud reconocía por señor al monasterio; pero amenguado con las riquezas y con los adelantos de la civilización el primitivo fervor que neutralizaba los rigores del clima, fueron abandonando la áspera residencia los priores y luégo los canónigos, hasta su definitiva supresión á fines del siglo XVI, pasando el edificio de Santa Cristina y los restos de su patrimonio á los religiosos dominicos que tampoco supieron conservarlo, acabando como los canónigos por trasladarse á Jaca.

Á lo largo de la frontera pirenáica limítrofe del antiguo condado de Aragón, lo mismo que en la confinante con Ribagorza y con Sobrarbe, forman los machones y contrafuertes de la colosal muralla una serie de valles más ó menos espaciosos y poblados, cuna de riachuelos de más ó menos caudal y nombradía, puertas más ó menos difíciles y guardadas hacia la nación vecina, que así salvan arriesgados en el tráfico, como defienden bravos y leales en la guerra sus robustos y activos habitantes. El más oriental, lindante con el de Broto en Sobrarbe, es el de Tena, donde florecen once lugares compartidos por las orillas del naciente Gállego y de sus tributarios el Lempeda *(límpida)* y el Caldarés, donde Panticosa con sus salutíferos baños y las cascadas de su laguna se ha improvisado una celebridad envidiable y vivifica la comarca; donde Lanuza recibe el esplendor del apellido que le debió su solar, y Sallent, cabeza del valle y

madre de ilustres varones, se solaza con la frondosidad de su arboleda y frescura de sus aguas, sin olvidar los antiguos timbres de su parroquia y los privilegios con su fidelidad ganados. Sigue el valle de Campfranc, el más accesible é importante, que envía al humilde Aragón á saludar la corte de los condes que han de tomar el nombre de él para transmitírselo luégo á los reyes: más al poniente los angostos de Aisa y de Borau sin más población que las antiquísimas y pequeñas villas así nombradas, y el de Aragués regado por el Osia. Inseparables en la memoria, como identificados en costumbres y destinos, se dilatan al extremo occidental el de Hecho y el de Ansó al rededor de las respectivas capitales de su nombre, las más populosas del distrito después de Jaca, pero no las más antiguas por su aspecto; la iglesia de San Pedro en la segunda fué reedificada con amplitud, la de San Martín en la primera ha renacido de las llamas en este siglo. De las cañadas de Ansó salen el Fago y el Veral, de las de Hecho otro Aragón llamado *Subordan* para distinguirse del principal, en el cual confluyen los tres, visitando reunidos la fuerte cerca de Berdún y su magnífica parroquia de Santa Eulalia.

Sosiego patriarcal no menos que enérgica independencia respiran los calvos picos y profundos senos de aquellas montañas, nunca holladas por planta conquistadora, y entre cuyas nieves jamás pudo aclimatarse la raza voluptuosa venida de la ardiente Arabia. Tan sólo en la espesura de algún valle donde brota tan vigorosa la vegetación, al rumor de las cascadas que en torno se precipitan, se nos figura ver al enamorado Munuza descansando en el regazo de su cautiva cristiana por quien ha renunciado á las lides y arrostra las iras de sus compatricios, temblando por ella á cualquier murmullo; temores ay! harto justificados con la llegada de los perseguidores que le abruman y acribillan á heridas, y tiran su ensangrentada cabeza á los piés de la tímida hija de Aquitania (1).

(1) Entre los más interesantes episodios de las crónicas árabes figuran los

Las huellas que allí dejaron los tiempos heróicos de la reconquista no son sino monumentos religiosos: las ruinas de monasterios abundan más que las de castillos, ó participan antes bien de uno y otro destino. Donde había un palmo de tierra libre, allí edificaban nuestros belicosos abuelos una casa de oración que al par les servía de asilo y de campamento; durante los combates fijaban la seguridad de la victoria en que hubiera

amores de Otmán Abi Neza, ó Munuza como le llaman las nuestras, con una princesa de Francia á quien había cautivado en una incursión. Habiendo concertado treguas con el padre de ella, que algunos suponen ser el duque de Aquitania, se negó á romperlas al mandárselo el amir Abderramán, y huyendo de su enojo trató de pasar con su cautiva á tierra de cristianos. Era Otmán Abi Neza caudillo de la frontera, y residía en Medina Albab ó sea *ciudad del puerto*, nombre aplicable principalmente á Jaca, que en aquella época (731) estaba en poder de sarracenos. Es notable por su belleza de colorido la descripción de la fuga y muerte del infeliz amador, según la trae Conde en su *Historia de los árabes*, cap. 24, lib. I:

«Descansaba Otmán con su amada cautiva por hallarse muy fatigados del camino y del ardor del sol, y reposaban á par de una fuente que de unas altas quebradas se derrumbaba, formando en el valle un verde y florido prado: allí estaba Otmán más cuidadoso de su cautiva que de su propia vida, y aunque hombre tan animoso, temblaba entonces aun del ruido del agua que se precipitaba entre las peñas. Parecióles á los de su familia que oían el paso de los que los perseguían, y no fué vano el recelo de sus corazones, que de improviso fueron rodeados de los de Gedhi: todos los suyos huyeron, que el temor les puso alas en aquella ocasión. Buscaba Otmán algún lugar donde ocultar su cautiva, cuando se vió por todas partes acometido de soldados: intentó en vano defenderla con su espada como si todo su valor y esfuerzo bastara contra tantos; pero fué herido de muchas lanzas, y allí espiró el triste. Apoderados de la cristiana, cortaron la cabeza al desangrado cuerpo de Otmán. Cuando Gedhi presentó la cautiva y la cabeza á Abderramán, dijo el amir: Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes! y mandó cuidar con mucho esmero aquella doncella para enviarla á Damasco.»

Es sorprendente la consonancia que en este incidente guardan nuestras historias con las arábigas, tan discrepantes por lo demás; véase sino lo que escribe en su revesado estilo el Pacense casi coetáneo del hecho, acorde puntualmente en la fecha (731), variando poco el nombre del enamorado caudillo (Munniz), fijando el del duque Eudo, y cambiando sólo el lugar de la escena que pone en la Cerdaña: *Civitatis pœnitudine, olim abundantia aquarum affluentis, siti preventus, dum quo aufugeret non reperit moriturus, statim exercitu insequente in diversis anfractibus manet elapsus. Et quia filiam suam dux Francorum, nomine Eudo, causa fœderis ei in conjugio copulandam, ob persecutionem Arabum differendam, jam olim tradiderat ad suos libitus inclinandam, dum eam tarditat de manu persequentium liberandam, suam morti debitam præparat animam; sicque dum eum publica manus insequitur, sese in scissuris petrarum ab alto pinnaculo jam vulneratus cavillando præcipitat, atque ne vivus comprehenderetur animam exhalat: cujus caput statim ubi eum iacentem repererunt trucidant, et reginna cum filia Eudonis memorati ducis præsentant, quam ille maria transvectans, sublimi principi procurat honorifice destinandum.*

entretanto quien levantara los brazos al cielo, á ejemplo del caudillo de Israel; y sin aguardar al período de paz y de opulencia, repartían con Dios sus escasos haberes, fabricando un tabernáculo portátil como el trono, hasta que éste se asentara en las ricas azudas y aquél en las suntuosas mezquitas de los usurpadores. En el siglo IX dentro de aquel montuoso recinto existían ya el monasterio de Labasal en el valle de Hecho á la raíz del Pirineo, dedicado á los Santos Julián y Basilisa desde el tiempo de los godos; los de San Martín de Cillas y Santa María de Fonfrida ambos confinando con Navarra; el de San Martín de Cercito en término de Acumuer, fundado por el conde Galindo primero en el sitio donde, siguiendo á un jabalí, halló un ignorado santuario sepultado entre malezas; el de San Adrián de Sásave, donde es fama yacen los obispos titulares de Huesca más inmediatos al tiempo de la invasión musulmana; los de San Andrés de Fanlo, San Salvador de Puyó y San Pedro de Raba, agregados en su mayor parte al de San Juan de la Peña por Sancho el Mayor en 1025, así como los de Ribagorza y Sobrarbe se fundieron en el de San Victorián. Entre todos descollaba en riqueza y celebridad el monasterio de San Pedro de Siresa en el valle de Hecho, existente ya bajo el reinado de Ludovico Pío á principios del siglo IX, habitado por monjes benitos, y engrandecido por los condes de Aragón y los reyes de Navarra. Anejado empero á la iglesia de Jaca en el concilio de 1063 con todos sus bienes y derechos, decayó rápidamente á pesar de la protección de Alfonso I nacido dentro de sus muros (1); de suerte que en 1252 excitaba su abatimiento la compasión del obispo de Huesca cuyos antecesores habían encontrado allí un asilo. Su ruinosa iglesia bizantina, fundación de Ramiro I y de su hijo San-

(1) Así lo dice él mismo en la donación que hizo á esta iglesia y á sus canónigos, de la parroquia de Santiago de Zaragoza en 1121, poco después de conquistada la capital. De otro instrumento del mismo rey fecho en 1108 consta que estudió gramática en el monasterio de San Salvador de Puyó frente al de San Juan de la Peña, y que su maestro se llamaba Domingo Arbós: *et quia ego ibi steti et didici litteras artis gramatice.*

cho, es lo único que le dejaron de su primitiva grandeza (1).

Un monumento más duradero conservan aquellas quebraduras pobladas de hayas y abetos, surcadas por doquiera de torrentes, guarida de fieras y de venados; y es la sencillez de sus habitantes, el antiguo sabor de sus usos y hasta la singularidad de sus trajes, rasgos nacionales cuya conservación es más de admirar en semejante país por su proximidad y comunicación con Francia. Diríase que al abrigo del nevado muro que de ella les separa, se preservan del contagioso soplo de novedades que ejerce sus estragos más adentro de la península. Entonces se da su valor debido á las desmesuradas gorgueras que á manera de concha hacen resaltar el tostado rostro de las montañesas de Hecho, y á las mangas de su camisa plegadas como sobrepelliz, y á sus sayas siempre verdes prendidas debajo de los sobacos, y á la corona de pelo trenzada en torno de la cabeza de las Ansotanas, que atan las solteras con cinta encarnada y con cinta negra las esposas y viudas, y á la retorcida punta de sus gruesas abarcas; entonces dejando al viajero superficial que mofe la falta de gracia y sobra de extrañeza de este traje, se estudiarán en él los recuerdos de lo pasado, sus analogías con la índole de las faenas y las exigencias del clima, y cuando no otra cosa, se

(1) Ya que no me fué dable visitarla ni aun averiguar si existe hoy día, copiaré lo que de ella dice el P. Ramón de Huesca en la página 428 del tomo VIII de su obra impreso en 1802: «La iglesia que permanece, aunque amenazando ruina, la edificaron los reyes de Aragón D. Ramiro I y su hijo D. Sancho... Es obra muy suntuosa y magnífica; toda ella, inclusa la bóveda, de piedra fuerte y bien labrada: está en figura de cruz; tiene 200 piés geométricos de longitud, 54 de latitud y 60 de elevación; el crucero 90 de longitud y 30 de latitud; las paredes á flor de los cimientos tienen cerca de cuatro varas de espesor. Hay en ellas dos puertas, una al ocaso en cuyo atrio se ve el Lábaro y el escudo real de Sobrarbe con esta inscripción: *fundata fuit per illustrissimos Reges Aragonum,* y otra al austro con una lápida de mármol que presenta las llaves y tiara de San Pedro con la inscripción siguiente: *Regia S. Petri de Siresia ecclesia collegiata, Regum Aragonum capella regia...* En el año 1350 padeció un incendio la sacristía que abrasó los ornamentos, alhajas y libros de liturgia... poco antes habían entrado ladrones y robado la mayor parte de la plata. Se han derruído enteramente las obras que había enlazadas con la iglesia, y ésta amenaza ruina si no se acude luégo á repararla.»